

En la extremidad del patio, una tercera puerta, llamada de la Felicidad, conducía al santuario interior del palacio, habitado por el sultán y su harem. Este múltiple palacio estaba compuesto de un gran número de edificios ó kioscos separados unos de otros por jardines. Resplandecían muchas cúpulas de techumbre de plomo, entre cipreses, pinos y plátanos, á través de los cuales se veía á trozos en azulado horizonte el mar y el cielo. Parecía que la naturaleza agreste, el silencio y la soledad de los bosques habían acompañado al genio pastoral y contemplativo de los príncipes otomanos hasta en el tumulto de una vasta capital y la majestad del trono.

XLVIII

La corte del sultán recordaba á un tiempo la familia, la tribu y el ejército. No contenía el serrallo ménos de doce mil comensales, comiendo el pan del señor.

Por una reminiscencia de la autoridad paternal tan reverenciada por los orientales, el oficial mas íntimo é inseparable del sultán reinante era su antiguo pre-

ceptor ó khodja, anciano cuyos consejos reemplazaban á menudo las lecciones que él había dado en su juventud.

Venia en seguida el imán ó anunciador mayor de palacio, asistido de treinta y dos muezines elegidos de entre los de voz melodiosa, para convocar á la oración desde la cima de los alminares, y para salmodiar con el imán en la mezquita particular del serrallo.

Después el médico mayor (hakim-baschi) ayudado por veintidos médicos y cirujanos de segundo orden, miembros del cuerpo de los ulemas.

Astrónomos y astrólogos oficiales, encargados del estudio del cielo para determinar las horas propias para los actos de la vida pública ó privada del sultán.

El miralem ó porta-estandarte del príncipe, mandando los ujieres exteriores, dirigiendo los cuerpos de música militar de palacio, encargado de remitir á los gobernadores y bajás las banderas y colas de caballo, insignias de su dignidad.

El jefe de los bostandjis, gobernador del serrallo, de las casas de recreo del soberano, de las playas del Bósforo y Propóntide, y piloto de la barca del sultán, cuando navega el príncipe en los dos mares. Le pertenece la policía del serrallo; los carceleros y verdugos ejecutan sus órdenes; asiste á los supli-

cios; es invisible; su nombre esparce el terror; tiene á sus órdenes mil quinientos bostandjis ó jardineros armados, elegidos entre seis mil jardineros de los palacios imperiales que forman parte de la guardia del sultan

El escudero mayor (ó mirakor) administra las praderas del dominio personal del monarca desde Andrinópolis hasta Brusa. Dos mil seis cientos escuderos y un cuerpo de seis mil paisanos búlgaros, palafreneros y criados de ejército están á sus órdenes.

Ciento cincuenta capidjis-baschis ó jefes de los ugieres de puertas, elegidos entre los hijos de los grandes dignatarios, bajás y begs, guardan las puertas del serrallo. Acompañan por destacamentos al sultan á la mezquita; introducen en audiencia á los embajadores; llevan á los gobernadores de provincia, generales y visires en desgracia, mensajes de destierro ó muerte.

Ochocientos aparejadores de tiendas, cuyo encargo es plantar y extender las tiendas del sultan y haren en las colinas del Bósforo ó los jardines del serrallo para las diversiones y descansos de la corte. Estos desempeñan las funciones del verdugo. Cierta número de ellos está siempre en la bóveda de la puerta que conduce del segundo patio á la puerta de la Felicidad.

El tesorero mayor (ó kaznedar), que tiene los registros del tesoro, y vela sobre el depósito de armas, vestidos de honor, pieles, plumas y caftanes que distribuye el sultan en sus audiencias.

El intendente de la mesa del sultan, con cincuenta sub-intendentes á sus órdenes, está encargado de servir á los visires, el dia que hay diván, la comida que hacen en palacio para apresurar la expedicion de los negocios.

El panetero mayor, que cuida de ciento cincuenta panaderos; el jefe de las cocinas, dirigiendo á doscientos cocineros; el oficial mayor de helados, sorbetes, frutas y confituras, con un número igual de servidores y oficiales.

XLIX

La guardia militar ó doméstica, compuesta de solaks ó guardias de corps, está dividida en cuatro compañías, é incorporada honoríficamente en los genízaros. Ciento cincuenta peiks, vestidos con túnicas de tisú de oro ceñidas al cuerpo con un cinturón de pedrería, y con sable corto de puño de oro. Doce

de los mismos rodean al sultán cuando sale de ceremonia.

Dos mil quinientos bostandjis haciendo parte de los genizaros para el sueldo, guardianes de las casas de recreo, huertas, flores, jardines del sultán y haren.

Cuatrocientos baltadjis (ó rajadores de leña), encargados de la guardia especial de los príncipes y princesas del haren imperial.

Quince compañías de chiaux, especie de tropa de policía, siempre bajo la mano del soberano ó de los grandes visires, para ejecutar las órdenes urgentes.

Ochocientos guardas de puertas exteriores de palacio. Uno de ellos lleva siempre un taburete de plata sobre el cual pone el sultán el pié cuando monta ó se apea del caballo. Se llama oficial del taburete.

El silihdar, gran maestro de palacio, ó camarero mayor del príncipe, lleva suspendido del hombro izquierdo el sable del sultán.

El tehokadar ó gran maestré del guarda-ropa, sigue al soberano á la mezquita, y echa al pueblo puñados de oro.

El aga del estribo se lo presenta al sultán cuando monta á caballo.

El aga del turbante cuida de estas prendas del príncipe.

El secretario particular (ó katib) lleva en una bolsa bordada de oro los utensilios para escribir que puedan necesitarse en cualquiera circunstancia. Recibe los memoriales y se los lee al sultán.

El tchokadar-baschi, ó primer ayuda de cámara, marcha en los córtejos á la derecha del príncipe con la mano encima de la grupa del caballo.

Los guardas del tesoro imperial. Están encerrados estos tesoros en cuatro espaciosas salas de bóveda y en vastos subterráneos al abrigo de incendios. Allí están colocados en orden todos los objetos preciosos, acumulados desde el origen de la monarquía. En los mismos se conserva un retrato y un traje completo de cada príncipe que ha ocupado el trono. Registros comprobados con frecuencia, y autorizados á cada verificación con la firma del ministro de hacienda, atestiguan el estado de este tesoro ó museo del imperio.

Los mudos, especie de eunucos de la palabra, agregados á los dormitorios y tiendas del sultán y grandes dignatarios. Entienden y hablan por señas un lenguaje convenido, que comprenden las personas del serrallo, el haren y el emperador mismo.

Los enanos, mónstruos disformes que divierten con sus bufonadas á la córte. Si son eunucos, llevan del serrallo al haren, y traen del haren al serrallo los

mensajes de los sultanes á las *cadinas* (favoritas), y de las *cadinas* al sultan.

Seiscientos pajes, juventud educada con el mayor esmero en Galatá y en el serrallo para reclutar los servicios públicos de la córte y el ejército. Hacen en palacio por espacio de siete años un servicio honorífico, y pasan de allí á los grados superiores del ejército.

Doscientos eunucos negros á las órdenes del *kislar-agá*, velan dentro y fuera del haren del emperador.

Ochenta eunucos blancos. Estos no salen nunca de palacio. Su jefe es el primer oficial del serrallo. La ambicion de ocupar este primer puesto en la domesticidad íntima, compensa en ellos la pérdida de la virilidad. Lo mismo que en el palacio de los emperadores griegos cristianos, sucesores de Constantino, se vengán algunos con el talento, el valor y el genio administrativo de la afrenta hecha á la naturaleza. *Ghaznefer-agá*, jóven húngaro, educado entre pajes y grato á *Selim*, consintió voluntariamente en que le hicieran la mutilacion para llegar á ser jefe de los eunucos blancos ó *capu-agá*. Consiguio en efecto este destino y le conservó por tres reinados consecutivos con un ascendiente soberano.

L

El haren es el palacio de las mujeres. Por razones de estado que hemos enumerado mas arriba, desde *Ibrahím I*, que se casó con una de las mujeres libres de su haren, á la cual dió el título de *schah-sultana* ó emperatriz, ningun soberano otomano se casó civilmente. Algunos contraen matrimonios religiosos ante el *iman* : pero el haren se halla poblado de esclavas. Algunas son compradas por la camarera mayor, la mayor parte son presentes ofrecidos por las *sultanas* madres ó hermanas, por los gobernadores de provincias, dichosos con tener eventualmente algun dia una proteccion ó inteligencias secretas cerca del señor. A estas esclavas escogidas se les da una educacion digna de su destino. Se les enseñan los principios de la religion musulmana, la lectura, la escritura, la música, el baile, el bordado.

Las favoritas de título, escogidas entre esta coleccion de bellezas por el soberano, son llamadas *cadinas* ó *khatuns*, nombre que indica condicion elevada. Como las esposas legítimas, son cuatro, cada

una de ellas posee un palacio separado. Para su servicio tienen otras jóvenes esclavas. De esta manera se atrajo Roxelana las miradas de Soliman entre las de su madre la sultana Validé. El haren imperial es habitado algunas veces por quinientas ó seiscientas esclavas. Las gobierna una aya mayor, llamada *kiaya-khatun*, mujer de mucha autoridad. El sultán la llama *madre ó Validé*; cuando no existe la sultana madre.

Cerca el haren una elevada muralla. Se entra en él por un corredor cerrado por dos puertas de hierro y dos de bronce. En el centro del recinto está el kiosko del sultán. Las dos piezas principales de este kiosko son la sala del trono y la cámara del lecho. Comunica con una sala espaciosa de baño, con pavimento de mármol y cuya cúpula se halla sostenida por columnas de pórfido. Otra sala circular llamada el *Sofá* se alza entre el kiosko del sultán y los apartamentos de las *cadinas*. Estos, compuestos de doce cuartos cada uno, están distribuidos por antigüedad entre las cuatro favoritas. Cada uno de estos pequeños palacios tiene su baño particular, sus jardines, sus surtidores, sus flores, sus bosquecillos. Un baño, comun al resto del haren está abierto noche y día.

Las favoritas no pueden visitarse sino con permiso del sultán ó del aya mayor. Sus trajes revelan el lujo

del Oriente; chales de cachemira, pieles, diamantes y perlas cubren sus vestidos ó sus muebles. Cada una de ellas recibe para vestirse sesenta mil piastras anuales que salen de la caja de dotacion de la Meca y de Medina. El sultán visita raras veces el interior del haren. Cuantas veces entra en él, lleva babuchas herradas de plata, cuyo sonido sobre las baldosas de mármol previene á las mujeres que eviten su mirada.

Cuando una de las *cadinas* llega á ser madre, fiestas espléndidas, de las que participan todas las mujeres del haren, celebran la dicha del padre y la gloria de la esposa. El gran visir regala la cuna; las sultanas echan en ella puñados de oro y ricas telas. Las diversiones del haren consisten principalmente en días de campo pasados en los jardines del serrallo bajo tiendas erigidas con este objeto, en carreras de carruajes enverjados ó en barcas veladas á través de los sitios deliciosos del Bósforo, ó en compañía del sultán en sus jardines de estío en las costas de Asia y de Europa. Ellas salen del serrallo ántes del amanecer. Los eunucos negros las escoltan, vigilando para que no profane el misterio de su paseo ninguna mirada casual.

Al advenimiento del príncipe hereditario al trono, la sultana madre es conducida con una pompa admirable del antiguo serrallo al palacio. Los gastos de su

casa son pagados por el tesoro del sultan. Además goza de una pension anual de ochenta mil piastras. Entónces llega á ser en efecto la verdadera emperatriz. Ella reina por la maternidad, por la ternura, á veces por el talento. Las sultanas validés ó madres no llaman jamás á su hijo sobre el trono mas que *mi leon*.

Las hijas y sobrinas del soberano son llamadas sultanas. Sus madres las educan. Si las pierden, se encomiendan al cuidado de otra *cadina* sin hijos. Aun muy jóvenes se las casa con visires, bajás, dignatarios del imperio que el sultan quiere honrar con su favor. Sus maridos no pueden casarse con otras mujeres, y se les obliga á separarse de aquellas con quienes estaban casados anteriormente. Sus hijos varones, víctimas de la razon de Estado, son condenados á muerte al nacer, dejándoles sin atar el cordon umbilical.

Los sultanes padres ó hermanos suyos le hacen frecuentes visitas. Ellas tienen mucho influjo en el ánimo y la política de los príncipes.

LI

Durante la vida del sultan, sus hijos gozan de la libertad. Su circuncision á la edad de siete años es celebrada con fiestas nacionales. Cuando muere su padre son encerrados en el serrallo. Su habitacion toca al haren, y está rodeada de paredes cubiertas con bojes sombríos. Constitúyenla doce kioskos ó palacios separados. Cada uno de estos kioskos está circundado de paredes que guarnecen un jardincillo con una fuente. Cada uno de estos príncipes prisioneros, separados del mundo, es servido por doce esclavas y algunos esclavos. No pueden verse entre sí sin permiso del sultan. Les está prohibida toda correspondencia con el exterior. No conversan mas que con sus madres, cuando se les permite salir del antiguo serrallo para visitar á sus hijos. Eunucos negros y mujeres estériles son la única distraccion que se concede á su aburrimiento. Al concluir un reinado, allí va el imperio ó buscar su nuevo señor.

LII

Al salir del haren, el sultan, restituido á la vida pública, pasa á los apartamentos del palacio, accesibles á sus oficiales, á sus ministros, á sus servidores. El silihdar le presenta allí el café: el tchokadar el sorbete; los ayudas de camara el almuerzo en una bandeja dorada y en vasos de porcelana. Un precepto religioso prohíbe el uso de la vajilla de plata y oro por respeto á los dones de Dios. La comida es breve, acompañada por la música del palacio. Sucédenla los trabajos ó los placeres del dia.

Despues de las audiencias ó divanes, el príncipe monta á caballo ó entra en una barca para visitar una de las innumerables quintas de recreo, palacios ó kioskos que forman sus delicias, en los sitios mas risueños de Europa ó de Asia, sobre el Bósforo. Las barcas imperiales, imitando el cuerpo, y el pico de las aves que mojan en las ondas, se llaman *Kirlanguitchts*, del nombre de la golondrina. Trece pares de remos cadenciosos las hacen volar por el mar. Un dosel de escarlata, con franjas de oro, y piñas rojas

por remate, ofrece sombra al soberano. El bostandjibaschi tiene el timon. La córte sigue ó precede en barcas tan magnificas, aunque de ménos remos que la del sultan.

La equitacion, la caza, el djerid, el tiro del arco, la conversacion con los favoritos, el espectáculo de las carreras ó de los bailes, la vista del mar, de los jardines, de los surtidores, de las flores, sirven de grato soláz al príncipe. Algunas veces, vestido con un traje vulgar y seguido á distancia por algunos visires disfrazados como él, el sultan recorre á caballo las calles de la capital para ver por sus propios ojos el estado de la policia, de las costumbres, y la ejecucion que reciben las leyes. El pueblo que lo reconoce, respeta el incógnito de su señor. El resto del dia lo consagra al imperio y los esplendores del serallo, ó á distraerse en los misterios del haren.

LIII

El imperio, establecido así por Soliman con sus leyes, sus costumbres, su constitucion militar, la administracion de sus provincias, la economía de su

hacienda, su mecanismo monárquico, no se caracterizaba ménos por su política. Esta nacion, esta familia, este divan, que no habian tenido hasta entónces mas que fanatismo, desbordamientos, ambiciones, poseian ya una política.

Esta política del divan, instintiva al principio, se habia convertido en sistema racional, perceptible al ojo de la historia en todos los actos, y todos los pasos de la monarquía otomana. Los soberanos y los grandes visires se la transmitian hacia un siglo, como la tradicion del genio del imperio. Soliman la habia dejado señalada para sus sucesores en la guerra y las negociaciones. Distingúasela por algunos rasgos generosos, por síntomas discretos que contrastaban con la política apasionada, fanática y desordenada de sus predecesores.

He aquí en que consistia la política de Soliman, conservada en el imperio hasta nuestros dias :

Conquistar y asimilarse, en Oriente, desde el Oxus hasta el Nilo, desde los tártaros de Crimea hasta los moros de Africa, todas las poblaciones musulmanas, encerrarlas en un haz mas ó ménos homogéneo en manos de los sultanes en Constantinopla; rehacer militar y políticamente, en beneficio de los turcos y para su gloria, la monarquía universal y religiosa de los khalifas; con este objeto, incorporar el Egipto y

la Siria, feudalizar las potencias berberiscas, subyugar, seducir ó proteger las tribus georgianas, circasianas, tártaras del litoral del mar Negro y el Caspio, y las del Cáucaso; crear una marina en el mar Rojo para dominar desde allí las dos costas de la Arabia, y llevar el nombre y las armas de los otomanos hasta las Indias mahometanas; envolver así la Persia, única potencia belicosa y musulmana capaz de disputar el Asia á los turcos, y con el pretexto de sofocar allí el cisma, incompatible con la unidad del patriotismo religioso de los mahometanos, reducirla al estado de vasallaje ó arruinarla.

En Asia pues, paz, tolerancia, proteccion, aun para los cristianos, que se adherian á esta universalidad del imperio otomano, centro de la liga musulmana; guerra eterna á los cismáticos persas : tal era el sistema razonado ó instintivo del divan. La propaganda encubria la conquista.

LIV

En Europa, variaba este sistema á merced de los acontecimientos, de la facilidad ó de las resistencias

que encontraba la política otomana por mar y tierra en su invasión al otro lado del Archipiélago ó del Danubio.

Los obstáculos que el cristianismo patriótico de las potencias occidentales habia opuesto en la márgen opuesta del Danubio á las armas otomanas, habian hecho desesperar á Soliman y sus predecesores de la conquista del Occidente. Muchos ejércitos habian perecido en las llanuras de la Hungría, retrocedido ante Huniades, y combatido en Varna, no por la extension ilimitada sino por la salvacion del islamismo y la defensa del territorio. El sitio de Viena, puesto en vano, una y otra vez les habia revelado el vigor del patriotismo occidental, evocado en Alemania, en Italia, en España, en Francia y en Inglaterra por la fraternidad de la raza y la comunidad del cristianismo. Una liga de las potencias cristianas, motivada por el peligro de la ambicion y del proselitismo otomano mas allá del Danubio, era en adelante el único dique que se podia oponer en Europa á los turcos.

Soliman y su consejo habian comprendido al fin este peligro; por esta razon renunciaron ó aplazaron indefinidamente todo proyecto de extender sus conquistas en Alemania. Su sistema por esta parte se convertia en defensivo en vez de ser ofensivo, político

mas bien que musulmán. El divan lo resumia en algunos axiomas que constituian la esencia de la diplomacia de Soliman y de sus ministros.

Crear baluartes inexpugnables para defender el imperio, como Belgrado en la orilla derecha del Danubio, entre este rio y las gargantas del Balkan; proteger al otro lado del Danubio una liga de potencias secundarias, separadas por la fuerza y por los intereses de la Alemania, y convertirlas en una vanguardia, en una confederacion danubiana bajo el protectorado y el influjo otomano; formar con este objeto del reino húngaro un virreinato tributario de la Puerta, interesado igualmente por su antipatía contra la Alemania en ofrecer á los turcos sus plazas fuertes, sus campos de batalla, sus soldados, hacer de la Valaquia y de la Moldavia dos provincias tributarias, cristianas de religion, pero otomanas de patria; halagar y proteger la inquieta y anárquica Polonia contra la Alemania por una parte, contra los rusos y los tártaros por otra; contemplar á los rusos, potencia oscura todavía é indecisa entre la Europa y el Asia, que podia ser un día aliada útil ó enemigo terrible del imperio.

En fin, tratar en vez de combatir con los emperadores de Alemania; mantener á la corte de Viena en una perpétua negociacion entre la guerra y la paz,

según fuesen las disposiciones con que celosa de la Hungría y de la Polonia, aceptara ó rechazara demasiado tarde el influjo de los turcos en el litoral del Adriático; con esta situación fuerte sobre el Danubio, ocuparse con perseverancia en realizar la conquista y la nacionalización de las montañas europeas, que se extienden desde la Macedonia al golfo de Venecia; incorporar sólidamente en el imperio la Albania, la Servia, la Grecia, la Dalmacia, la Iliria, la Estiria, la Bosnia, la Croacia, las islas Jónicas; en una palabra, estrechar el poder veneciano hasta que Venecia, desarmada y enclavada en el territorio otomano, se viese forzada á dejar caer de sus débiles manos los puertos de la Morea, las islas de Candia y de Chipre, verdadero reino que esta república defendía aun contra los turcos en los mares del Levante.

Con este propósito, la política del divan consistía, secundada por una habilidad diplomática que le había inspirado la astucia griega, en evitar á toda costa la liga de los emperadores de Alemania con Venecia, en sostener la república contra el imperio, y el imperio contra la república, debilitando así á sus enemigos hasta que Venecia, víctima de esta diplomacia, fuese entregada por la Alemania á los turcos por precio de la paz precaria que el divan

concedería á los emperadores de Alemania en Hungría.

En cuanto á las otras potencias europeas, la política del divan consistía en impedir que formaran entre ellas una liga que pudiese echar á los turcos del Danubio, quizá al otro lado del Bósforo. Las antipatías y las rivalidades de estas potencias entre sí, y sobre todo, la guerra eterna entre la casa de Austria y la Francia, servían bien los designios de la diplomacia del divan. Consideraciones con la Inglaterra y la España, y una amistad indisoluble con la Francia, afianzaban esta profunda política de los otomanos.

Para hacerla aceptable á las córtes y pueblos cristianos de estas diversas potencias, era preciso hacer desaparecer entre la Turquía y la Europa, el antagonismo religioso que las cruzadas habían sembrado como un segundo espíritu nacional en Occidente y en Oriente; era menester proclamar por ambas partes la tolerancia y la inviolabilidad de los cultos, la igualdad del derecho de gentes para los adoradores del Cristo y los discípulos de Mahoma; era necesario también reconocer y respetar á los cristianos griegos ó católicos del imperio, sino los derechos y el título de los otomanos, á lo ménos su nacionalidad, su patria, sus ciudades, sus propiedades, su comer-

cio, sus costumbres y sus altares. Esto recomendaba el mismo Coran respecto de los pueblos conquistados y tributarios; esta era la política liberal de Soliman en Moldavia, Valaquia, Hungría, Grecia, Siria, y en la misma Constantinopla. La diferencia de religion constituía contra los cristianos una inferioridad civil y política, pero no autorizaba ninguna tiranía legal sobre la persona, las costumbres, la propiedad ó la conciencia de los súbditos cristianos. La Turquía estaba en guerra con los príncipes, pero no con los dogmas. Al extenderse se habia secularizado su propaganda, se podian contraer alianzas con ella sin abjurar su Dios.

LV

La literatura otomana habia seguido, bajo los últimos reinados y especialmente bajo el de Soliman, los progresos de la civilizacion y de la política. Las artes, las ciencias, las letras que se eclipsan con los príncipes conquistadores, renacen con los legisladores. Él mismo cultivaba la filosofía y la poesía; sus versos la firmaba con el pseudonimo de Muhibbi, palabra

que significa el *hombre de corazon simpático*. Sus composiciones poéticas, marcadas con el sello de una moral piadosa y de una pasión tierna por la felicidad de los pueblos, se resienten de la negligencia del guerrero y el hombre de estado que suelta la espada para coger la pluma. Pero admiraba en los otros con entusiasmo la perfeccion de sus obras, y perdonaba á los escritores de su época las ofensas que inferia á veces su genio poético.

El mayor poeta lírico, Abdul-Baki, el *Inmortal*, así llamado ántes de morir, escribía bajo los auspicios de su reinado. Abdul-Baki se atrevió á celebrar en una elegía, semejante á la de La Fontaine sobre la desgracia de Fouquet, la muerte del infortunado Mustafá, sacrificado por su crimen ó acaso por su virtud. Estos versos fúnebres, muy pronto populares en Turquía, encerraban muchas quejas inarticuladas contra el padre de Mustafá. Las lágrimas del poeta quemaban la herida del corazon del padre y del sultan. Se creyó que Abdul-Baki seria estrangulado.

Soliman premió su valor en vez de castigarlo; él mismo envió al autor un poema en el que se felicitaba de haber reinado por los derechos que le daba su nacimiento en un siglo ilustrado por uno de esos genios, que reinan por la superioridad que les da la naturaleza sobre el resto de los hombres; él